



Boletín Oficial Eclesiástico
DE LA
DIOCESIS DE SEGOVIA

Nº 1. Enero - marzo 2024

OBISPADO DE SEGOVIA

C/ SEMINARIO, 4
40001 SEGOVIA

Teléfono: 921 460 963 - Fax: 921 460 964

E-mail: obsegovia@planalfa.es

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

I.- Obispo de la Diócesis

Homilía.

En la Misa Crismal, p. 7

Escritos Pastorales:

Bautismo y misión, p. 12

Estar junto a Cristo, p. 14

Tiempo y reino de Dios, p. 16

Jesús y el maligno, p. 18

Ay de mí si no evangelizo, p. 20

El cuidado de la creación (Manos Unidas), p. 23

El desierto de la Cuaresma, p. 25

Muerte y gloria, p. 27

El nuevo templo de Dios, p. 29

El juicio de la luz, p. 31

Sacerdotes para el pueblo de Dios (Día del Seminario), p. 33

Atraeré a todos hacia mí, p. 35

Hemos resucitado con Cristo, p. 37

Agenda del Sr. Obispo, p. 39

II.- Cancillería - Secretaría General

Nombramientos, p. 42

En la paz del Señor, p. 42

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal

Nota final de la 124 Asamblea Plenaria, p. 47

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre

Mensaje Para la Jornada por las Vocaciones, p. 57

IGLESIA DIOCESANA

I. OBISPO DE LA DIÓCESIS

HOMILÍA

(Misa crismal, Lunes Santo, 25 de marzo de 2024.
Santa Iglesia Catedral)

El poder del Espíritu

La misa crismal es la síntesis del misterio pascual de Cristo y, al mismo tiempo, manifiesta el desbordamiento de la gracia que se nos hace visible en los signos sagrados de los santos óleos y el crisma y de cada uno de nosotros, sacerdotes de Cristo, que por pura gracia también somos signos para el Pueblo de Dios y ministros necesarios de la salvación.

La liturgia pone el acento en el Ungido de Dios, Jesucristo el Señor, y en el Espíritu que personifica la Unción y actúa en Jesús de forma plena, como también en cada uno de los sacerdotes y en los miembros del Pueblo de Dios, llamado pueblo de sacerdotes y reyes destinados a ordenar este mundo hacia la consumación en la gloria eterna.

Lo que anuncia el profeta Isaías se realiza en Jesús, en la sinagoga de Nazaret; y lo que Jesús hace mediante la entrega de sí mismo, anhelamos verlo en su venida gloriosa proclamada en el Apocalipsis. La historia de la humanidad se desenvuelve entre la profecía, el cumplimiento y la escatología final. Ahora lo vemos en signos, pero, cuando venga en la gloria «todo ojo lo verá, también los que lo traspasaron» (Apc 1,7). Jesús es el que es, el que era y ha de venir. Él llena la historia y nos permite a cada generación participar en la salvación que nos ofrecen los signos sacramentales. Por eso, podemos decir con el salmista: «Cantaré eternamente tus misericordias, Señor».

Si miramos este mundo con los ojos de Dios descubriremos la compasión que mueve a Dios cuando ve el sufrimiento y las pobreza de sus hijos. El texto de Isaías está lleno de expresiones que buscan conmovernos: los pobres, los corazones desgarrados, cautivos y prisioneros, los afligidos, los revestidos de ceniza y de duelo. Es una descripción de la humanidad entera, desterrada de la gloria del paraíso, y abocada a errar por el mundo sin esperanza. Solo Dios puede compadecerse y cambiar la situación. Sólo él por medio de su Ungido. La entrada de Cristo en la historia es la mayor revolución de la historia. Quizás por ello, para muchos resulta increíble, porque no cabe en la razón que se considera autónoma semejante locura: que Dios se abaje a nuestra carne.

En 1945, el gran escritor inglés convertido al cristianismo, C.S. Lewis, publicó un ensayo donde decía: «El cristianismo afirma que algo que está más allá del espacio y el tiempo, que es increado y eterno, entró en la naturaleza, en la naturaleza humana, descendió a su propio universo y ascendió de nuevo elevando la naturaleza con él. Eso es un gran milagro. Si lo eliminamos, no dejamos nada específicamente cristiano. Habría, tal vez, muchas cosas humanas admirables que el cristianismo compartiría con otros sistemas del mundo, pero no habría nada específicamente cristiano»¹.

Gracias a lo específicamente cristiano, el pan, el vino, el aceite, y nuestra propia condición humana de hombres y mujeres se convierte en «sacramento», signo visible de la gracia. La unción de Cristo se extiende a nosotros y a los elementos naturales que actúan como instrumentos humildes y fecundos de la salvación. En el Verbo encarnado — hoy celebraríamos la Encarnación del Señor — Dios ha hecho un pacto irreversible con el hombre superando la

1, C. S. Lewis, *Dios en el banquillo*, Madrid 72021, 82.

distancia que el pecado había creado. La alianza entre Dios y los hombres es la fuente de toda esperanza y la certeza de la salvación.

Nosotros, hermanos sacerdotes, estamos implicados en esta alianza por la gracia de la elección. La llamada de Cristo a incorporarnos a él por el sacramento del orden, cuyas promesas de fidelidad hoy renovaremos, hacen de nosotros, según dice san Pablo, dispensadores de los misterios de Dios, siervos de Cristo y de los hombres, mensajeros de su evangelio, pastores del pueblo santo y ministros del culto establecido por Cristo. No realizamos este ministerio como un encargo ajeno a nuestra condición humana, sino gracias a ella, pues nuestra propia carne, como la de los bautizados, ha sido ungida por Dios para llevar adelante la misión. La misma lógica de la encarnación se verificó en nosotros cuando el Espíritu descendió mediante la imposición de manos y la oración de la iglesia para unirnos de modo radical y perenne con la persona de Cristo sacerdote, el Ungido de Dios. Y del mismo modo que Cristo, al ascender al Padre, lleva consigo la naturaleza humana, así nosotros al recibir la unción del Espíritu participamos de la misma condición sacerdotal de Cristo para actuar siempre y en todo lugar en su nombre. San Pablo lo dice con una expresión sorprendente que cada uno de nosotros puede decir en primera persona: «Soy yo, más no yo, es Cristo quien vive en mí».

Esta misteriosa y real unión con Cristo hace posible que, como dice el Concilio Vaticano II, él se haga en cierto sentido contemporáneo con cada hombre y pueda ofrecerle, a través de nuestras pobres personas, la salvación. Se cumple así lo anunciado por el profeta Isaías y cumplido en Jesús: que los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. Al tiempo que agradezco vuestro trabajo, quiero

alentaros, hermanos, a vivir con alegría nuestro ministerio que siempre es eficaz, aunque no lo veamos cuándo y cómo quisiéramos. Ni la palabra de Dios retorna a él vacía; ni nuestras acciones sacramentales quedan infecundas. La misión que compartimos con Cristo es en sí misma, y en la medida que solo él conoce, eficaz. Unas veces sembramos, otras recogemos y la mayoría de las veces esperamos a que Dios conceda el crecimiento. Nuestro gozo está en el hecho mismo de predicar la palabra de Dios y vivir en consonancia con lo que somos mostrando con limpia transparencia el rostro de Aquel a quien servimos.

En el proceso sinodal en el que está inmersa la Iglesia, el Papa ha repetido hasta la saciedad que el protagonista del Sínodo es el Espíritu porque sólo él puede comunicarnos la verdad completa y ungirnos para llevar adelante la misión de Cristo. La apertura al Espíritu y la disponibilidad para actuar siempre bajo su aliento es la única condición necesaria para ser fecundos. Así sucedió con Jesús de Nazaret, «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él» (Hch 10,38). ¿Estamos convencidos de que también esto puede decirse de cada uno de nosotros? ¿No basta esta certeza para vivir la alegría del evangelio y la esperanza de que nuestra fecundidad está asegurada? En ocasiones, las cifras y los análisis sociológicos sobre el descenso de la fe y de la vida cristiana pueden arrastrarnos al desaliento, tristeza e inacción; incluso a avergonzarnos del evangelio. ¿Acaso la historia del pueblo elegido por Dios y de la Iglesia no nos asegura de modo elocuente que Dios está por encima de cálculos humanos, de estrategias políticas, y de ciertos complejos de inferioridad ante las culturas dominantes? ¿No supone caer en la idolatría cuando postergamos la fe en el Dios de Jesucristo a los juicios de los poderes mundanos sobre

la evolución de nuestra humanidad hacia el descreimiento o el transhumanismo? ¿Dirige el hombre el destino de la humanidad o lo dirige Dios? Y si Dios es el Señor de la historia, ¿nos fiamos realmente del poder que ha puesto en nuestras manos, el único poder que salva a la humanidad y la conduce hacia la plenitud eterna?

Si dentro de unos momentos el aceite de estas vasijas, el pan y el vino se convertirán en fuente inagotable de la gracia, y las llevaremos a nuestras comunidades como el gran don del Espíritu, ¿necesitamos más pruebas o signos de que Dios está con nosotros y actúa a través de lo que él mismo ha creado? ¿O somos como aquellos que pedían a Jesús signos portentosos porque les parecía poco relevante lo que hacía el profeta de Nazaret, solo porque no derroca-ba el poder de Roma?

Queridos hermanos: Sabemos por la historia que hay poderes, imperios y reinos que se caen solos, porque están edificados sobre la mentira, el poder y el dinero, la corrupción moral e inconfesables chantajes y alianzas de prácticas políticas que se secuestran al pueblo. Los profetas clamaban ya contra esto en el AT. No hay futuro para quienes se buscan a sí mismos bajo la cínica máscara del servicio al pueblo. Pasarán a la historia como han pasado tantos poderes cuya única razón para sobrevivir era su propia egolatría. Leamos a los profetas y escuchemos a Cristo. El único poder capaz de transformar este mundo es el del Espíritu, el de la Verdad y la santidad de la vida según el evangelio. Es cierto que el Pueblo de Dios pasará, como en otros tiempos, por crisis de contradicción, pero el juramento que Dios ha hecho a su Hijo y a nosotros no dejará de cumplirse: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

Aquí y ahora, en esta santa asamblea, se cumple lo que Dios ha prometido y realizado con la Unción de Cristo: que el Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos

la libertad y a los ciegos la vista, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor». Interioricemos esta realidad.

Miremos al mundo con compasión. Pidamos la paz para Ucrania, para la Tierra del Señor y para los países que sufren la guerra o cualquier tipo de violencia. Y como buenos samaritanos parémonos sin prisa ante los que sufren al borde del camino, olvidados de los hombres y unjamos sus heridas con el óleo de la alegría, de la misericordia y de la paz. Que santa María de la esperanza, que recibió en su seno al Redentor del mundo, nos sostenga maternalmente en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia.



ESCRITOS PASTORALES

BAUTISMO Y MISIÓN

El ciclo de Navidad se cierra con la fiesta del Bautismo del Señor. Un salto de treinta años nos presenta a Jesús convertido en un adulto que se presta a hacer penitencia en el Jordán uniéndose a los pecadores. Es una escena cargada de solemnidad como si se tratara de la investidura mesiánica de Jesús. El cielo se rasga, el Espíritu desciende en forma de paloma y se oye la voz del Padre la voz del Padre que dice: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1,11).

Para entender esta escena es preciso recordar que Jesús, inmediatamente después, superadas las tentaciones del desierto, comienza el ministerio público que suscitará dudas de su identidad. La voz del Padre deja claro que Jesús es su Hijo. Se nos da, por tanto, la clave para escuchar sus palabras y acoger sus signos. La presencia del Espíritu sobre Él indica que ha sido ungido para realizar, en cuanto

hombre, la obra de la salvación. Finalmente, al unirse con los pecadores, se nos advierte que ha llegado la hora de la misericordia de Dios que se ha hecho carne.

Esta solemne presentación de Jesús es un magnífico colofón del ciclo de Navidad.

Se despejan las dudas sobre la identidad del Niño de Belén. Las profecías se han cumplido y ha llegado el Mesías, el Esperado de las naciones. Su Bautismo no borra ningún pecado en quien es el Santo de Dios. Significa que las aguas del Jordán, en las que se sumerge, reciben al que puede santificarlas para convertirlas en instrumento de su gracia y salvación. Por eso, esta fiesta nos remite a nuestro propio bautismo con el fin de que reflexionemos si la gracia que hemos recibido en este sacramento nos hace ser verdaderos testigos del Evangelio en el mundo de hoy.

Es frecuente considerar el Bautismo como un simple rito de pertenencia a la Iglesia en cuanto comunidad religiosa. Ser miembro del Pueblo de Dios no es ser agregados a una colectividad como puede ser un club, una asociación de amigos o cualquier otro tipo de grupo religioso. Se trata de participar en la misma misión de Cristo formando parte de su Cuerpo, que es la Iglesia. Se establece una relación vital y no meramente organizativa. Es una relación que nos configura con Cristo y nos capacita para vivir como Él, y trabajar con Él y por Él en la salvación de este mundo. Los compromisos que el cristiano contrae con Cristo y con la Iglesia son esenciales a la fe e indispensables para poder vivir «cristianamente», sin hacer dicotomías entre la fe y la vida ordinaria, entre el culto y el compromiso con las realidades temporales que requieren abrirse a la trascendencia. El cristiano alimenta su fe en el culto de la Iglesia, pero expresa en medio de la sociedad la fe confesada en la liturgia. También sobre el cristiano, en el momento de ser bautizado, se ha abierto el cielo, ha descendido con el agua el Espíritu Santo, y el Padre le ha llamado «hijo amado». Esta es su dignidad y su condición en el mundo. Vivir el

bautismo es la única forma de ser cristiano de verdad. El Bautismo nos marca para siempre como hijos de Dios y testigos de la fe.

Si comprendiéramos esta sencilla verdad, la vida personal y social cambiaría totalmente. La reducción de la vida cristiana al culto en la iglesia es una desvirtuación de la fe. Esta exige el compromiso público y el manejo de las realidades temporales con perspectiva de trascendencia. Como decía san Juan Pablo II, somos al mismo tiempo ciudadanos de este mundo y ciudadanos del mundo futuro. Entre ambas ciudadanía no existen fronteras porque una y otra se requieren mutuamente. La unción de Cristo en el bautismo fue el fundamento de su misión. Nuestro Bautismo es el fundamento de nuestra vida que trasciende las fronteras de este mundo y nos lanza hacia la eternidad.

Segovia, enero 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

ESTAR JUNTO A CRISTO

Una vez concluido el tiempo de Navidad, la Iglesia inicia el llamado Tiempo Ordinario, que recorre los misterios de la vida de Cristo, empezando por una acción de especial trascendencia: la llamada de los apóstoles. En el Evangelio de hoy se narra la llamada de los tres primeros: Juan (que no se nombra a sí mismo), Andrés y Pedro. Cuando Juan y Andrés oyen decir al Bautista que Jesús es el Cordero de Dios, comienzan a ir tras él. Este se vuelve y les pregunta: «¿Qué buscáis?». Sorprendidos quizás por esta pregunta, le dijeron: «Maestro, ¿dónde vives?». Jesús les responde: «Venid y lo veréis». Y, según dice el evangelista, pasaron con él aquel día.

Este encuentro en apariencia fortuito encierra la experiencia más universal del encuentro con Cristo: estar junto a él viendo dónde y cómo vive. No se trata sin más de los aspectos más elementales de su vida, sobre cómo era su vivienda, sus enseres y su modo de vivir. Estar junto a él supuso para los primeros discípulos el conocimiento de su mundo interior, su misión y sus planes apostólicos. Solo así se comprende, que cuando Andrés se encuentre con su hermano Simón, al que Jesús llamará Pedro, le diga entusiasmado: «Hemos encontrado al Mesías». Y comienza así una serie de encuentros con otros apóstoles que terminarán formando parte del número de los Doce. En realidad, la Iglesia empieza a existir como tal comunidad con este grupo que son las columnas de la tradición y de la fe.

Esta experiencia del encuentro con Cristo es, como decía, el paradigma universal del discipulado. Se comienza a ser discípulo permaneciendo junto a Cristo, participando de su vida. Sin esta experiencia primera, la fe carece de sólido fundamento. Estar con Cristo provoca el conocimiento, el amor y el deseo de darlo a conocer a los demás, como hicieron los primeros apóstoles. Una prueba clara de la consistencia y autenticidad de la fe es si deseamos que otros conozcan a Cristo y participen de la alegría de la salvación que nos ofrece. Esto quiere decir el Concilio Vaticano II cuando afirma que la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, «vocación al apostolado» (AA 2). Cuando hablamos de apostolado, nos referimos a lo que nos viene de los apóstoles, de su propia misión.

Esta misión abarca toda la vida y todas sus dimensiones. No se es apóstol a ratos perdidos, ni en momentos determinados cuando realizamos una tarea eclesial. Se es apóstol siempre y en todo lugar. Aprovechar la oportunidad de dar testimonio de Cristo es el sexto sentido de quien ha tenido una genuina experiencia de fe. Esto no significa sermonear ni mucho menos imponer nuestras convicciones. Se trata de dejar fluir de lo más íntimo de nuestra conciencia la certeza

de que Cristo es el Salvador que ha venido a dar sentido a nuestra vida y abrirnos a la experiencia de la paternidad de Dios y de la fraternidad entre los hombres. El apostolado es la comunicación espontánea de la fe que profesamos y que se convierte en testimonio ante los demás.

Es imposible hacer esto sin «permanecer con Él», con Jesús, como se dice de los primeros apóstoles. Esta permanencia vital y afectiva exige tiempo, dedicación, interés. Son los ingredientes del cultivo de una amistad que crece más y más. Es frecuente ideologizar el cristianismo convirtiéndole en una serie de eslóganes que prescinden del trato frecuente y afectivo con Cristo. Como decía san Juan de la Cruz esto es andarse por las ramas. Cuando Jesús tiene que explicar en qué consiste la relación con él utiliza la imagen de la vid y los sarmientos entre los que fluye la misma savia. Solo así se da la comunicación de la Vida que Jesús nos trae del Padre y que sostiene a la Iglesia como Cuerpo suyo, del que nosotros, somos sus miembros santos.

Segovia, enero 2024

+ César Franco

Obispo de Segovia

TIEMPO Y REINO DE DIOS

Las palabras de Jesús al comienzo de su ministerio público son válidas para cada momento histórico: «Se ha cumplido el tiempo — dice — y está cerca del Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). No sufren deterioro por el paso de los años y de los siglos. Condensan el núcleo central de su magisterio. Las leemos hoy en la liturgia en paralelo con el relato de la conversión de Nínive, ciudad que ha pasado a la historia como figura de lo que puede hacer el poder de la palabra profética de Jonás,

quien, aunque se resistió a la misión que Dios le confiaba, al final vio con sus propios ojos que la ciudad se convertía.

La llegada de Jesús en la «plenitud del tiempo» (Gál 4,4) significa que el tiempo ha alcanzado su momento culminante como historia de salvación. Al entrar el Hijo de Dios en la historia, ésta alcanza un significado nuevo porque el tiempo pasa a ser una dimensión de Dios. El tiempo, cada época, se remite a quien es Señor del tiempo, de manera que, mirado hacia el pasado o hacia el futuro, recibe de Cristo la salvación que el hombre espera. De ahí, que, a renglón seguido, Jesús diga que «está cerca el reino de Dios». Sobre el significado de la expresión «reino de Dios» se ha escrito mucho en la exégesis y en la teología. Se reconoce en general que se trata de la soberanía de Dios en los hombres que acogen con fe a su enviado. Jesús, ante Pilato, al ser preguntado por su realeza, afirma que la pertenencia a su Reino se concreta en «ser de la verdad» y «escuchar su voz» (Jn 19,37). Son dos condiciones inseparables porque Jesús es la Verdad en sentido absoluto, que trasciende las verdades que cada época tiene y consagra por tales, o las que el hombre autosuficiente se crea a la medida de sus propias necesidades e instintos. El Reino del que habla Jesús está cerca (en otro lugar dice «entre vosotros» o «en el interior de vosotros»: Lc 17,21). Quiere decir que no hay que buscarlo fuera en signos aparatosos, sino en el interior mismo del corazón donde habita la verdad si el hombre se atreve a descubrirla y no la sofoca. No es precisamente nuestro mundo ni nuestra cultura proclive a la «interioridad». El hombre actual prefiere desparramarse en las cosas y saciar sus necesidades en lo más inmediato que toca con sus sentidos.

Jesús habla de «conversión», que es el camino inverso al alejamiento de Dios y, por tanto, del hombre tal como ha sido forjado por sus manos. Convertirse es desandar la senda equivocada, volver sobre los propios pasos de la autonomía desquiciada que gira en torno a uno mismo sin re-

ferencia a la Verdad. Dicho de manera positiva, convertirse es abrirse al Evangelio, creer. Escribo Evangelio con mayúscula para diferenciarlo de los cuatro evangelios canónicos que lo contienen. En san Marcos Evangelio se identifica con la persona de Jesucristo. De ahí que inicie su escrito diciendo: «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios», situando a Jesús como el objeto, el contenido del evangelio. Deducimos, pues, que si Jesús da plenitud al tiempo como historia de salvación es porque, en sus palabras y en sus hechos, trae la salvación de Dios y se ofrece a los hombres para que le acojan con fe. No nos adherimos en principio a una idea o relato extraordinario. Nos convertimos a él para participar de su Reino. En definitiva, él es la buena noticia de un reino que se implanta en el corazón de los hombres cuando le acogemos como Hijo de Dios y vivimos conforme a la Verdad que entraña su persona. Jesús se convierte en la oferta definitiva que Dios hace a los hombres, tras el envío de muchos profetas, para que encuentren la salvación. Ya no se trata de un profeta más. Es el Hijo.

Segovia, enero 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

JESÚS Y EL MALIGNO

El Evangelio de este domingo narra el primer milagro de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún. Se trata de la curación de un poseso. Dice san Marcos que la gente se admiraba de la autoridad con que hablaba Jesús a diferencia de los escribas. La curación del poseso se presenta, pues, como un signo de dicha autoridad, que no se queda en las palabras, sino que se manifiesta en sus obras.

El tema de los relatos de milagros de poseídos por el diablo se ha estudiado mucho en la exégesis bíblica. Algunos la reducen a pura metáfora para decir que Jesús venía a luchar contra el mal. Naturalmente, para estos el diablo no existe. Hay, sin embargo, un consenso más generalizado de críticos que respeta la historicidad de estos relatos, aunque no siempre que aparece en el evangelio un «poseso» se quiera afirmar que realmente era un poseído por el diablo. En tiempos de Jesús, enfermedades como la epilepsia, por ejemplo, se consideraban como efectos de la acción del diablo.

Hay que reconocer que sin la presencia del diablo en la vida y ministerio de Jesús difícilmente se entiende su lucha contra el mal, y contra aquél que, en la tradición bíblica, está en su origen. Al comienzo de su vida pública, Jesús se enfrenta con el diablo en el pasaje de las tentaciones del desierto. En el Evangelio de Juan, Jesús presenta su ministerio en contraposición con Satanás, al que llama «mentiroso, padre de la mentira» y «primer homicida» (*Jn 8,44*). En otra ocasión lo define como «príncipe de este mundo» (*Jn 12,31*), a quien Jesús ha venido a echar fuera. Jesús, por tanto, atribuye a Satanás el señorío sobre este mundo, que se manifiesta en la mentira y la muerte.

Volviendo al milagro del poseso en Cafarnaún, llama la atención que cuando Jesús se dispone a curarlo, el espíritu inmundo se puso a gritar: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios» (*Mc 1,24*). No se puede definir de mejor modo la misión de Cristo. Ha venido a acabar con el dominio del mal, cuya personificación — no simple metáfora — está en los ángeles caídos, seres espirituales, que, según la revelación bíblica, pecaron de soberbia. En los pasajes evangélicos donde Jesús cura a los posesos se encuentra, pues, dramatizado la victoria de Jesús sobre el diablo. Por eso, al final del Padrenuestro, nos enseñó a pedir: «líbranos del Maligno».

Como ser espiritual, encerrado en su propio orgullo y oscuridad, es inteligente y sagaz. Se atrevió a tentar incluso a Jesús. Y, si éste se lo permitió, fue para enseñarnos a luchar contra él y a no tener miedo, dado que Cristo ya lo ha vencido en su muerte y resurrección. Pero no seamos ingenuos. El papa Francisco, ya en su primera homilía como Sucesor de Pedro en la Capilla Sixtina, citando a Léon Bloy – «quien no reza al Señor, reza al diablo» –, afirmó: «Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio». En la curación de la hablamos, Jesús no habla ni discute con el demonio. Sencillamente le increpa: «¡Cállate y sal de él!».

Es la mejor forma de vencerlo. No hay diálogo posible con él, pues sus redes son la mentira. Así cayeron Adán y Eva en el paraíso, y así caen los que ingenuamente entran en diálogo con él. La verdad es el arma que le derriba de su cátedra. Y, según los Padres de la Iglesia y algunos espirituales, otro arma que no resiste es que se rían de él, que lo desprecien con burla, porque, al ser soberbio, no resiste el sarcasmo y la risa, pues no puede aceptar que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, le recuerde que su mentira no tiene cabida en el corazón de quien solo se posttra y adora a Dios.

Segovia, enero 2024

+ César Franco

Obispo de Segovia

AY DE MÍ SI NO EVANGELIZO

El Evangelio de hoy permite reconstruir una jornada de Jesús en Cafarnaún, la ciudad de Pedro, que terminó siendo también la de Jesús, pues allí estableció su centro

de operaciones para evangelizar aquella comarca. El relato es muy sencillo, pero suficientemente claro para darnos cuenta de la intensidad con que Jesús vivía. Después de haber predicado en la sinagoga de Cafarnaún, se dirige a la casa de Pedro y cura a su suegra, que yacía con fiebre. Una vez que comieron, al atardecer le llevaron enfermos y endemoniados de manera que la multitud se agolpaba a su puerta, momento que sin duda aprovechó para enseñar y curar. De madrugada, se levantó temprano cuando aún estaba oscuro, y como era su costumbre, se fue al monte a orar en soledad. Simón Pedro y sus compañeros fueron a buscarlo y le dijeron: «Todo el mundo te busca». Jesús les respondió: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido». Y concluye el evangelista: «Así recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando demonios» (Mc 1,37-39).

En esta síntesis de la actividad de Jesús, hay dos acciones que describen su misión: predicar y sanar. La fórmula «para esto he salido» no se refiere a salir de casa o de la ciudad, sino a su procedencia del Padre y a la misión que ha recibido. Es claro, pues, que Jesús se siente urgido a predicar por todas partes. El hecho mismo de que los apóstoles le digan «todo el mundo te busca» revela la misión universal de Cristo. Tal misión se resume en predicar el Reino y hacerlo presente con sus milagros de sanación de enfermos y posesos.

También hoy leemos en la liturgia un pasaje de san Pablo que revela su conciencia de evangelizador: «Ay de mí si no anuncio el evangelio -afirma-, me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para ganar, como sea, a algunos. Y todo lo hago por causa del Evangelio, para participar yo también de sus bienes» (1 Cor 9,16.22-23). No es difícil descubrir aquí un eco en la conciencia de Pablo de la experiencia primigenia de Cristo en cuanto enviado de Dios: evangelizar. El primero

en hacerse todo con todos ha sido Jesús. Al asumir la condición humana se hizo de los nuestros y participó sobre todo de la debilidad propia del hombre. La curación de enfermos y de endemoniados es un signo de esta solidaridad con la flaqueza del hombre. Los milagros no son simples signos de compasión con quienes sufren, aunque esto sea verdad. En ellos, se despliega y dramatiza la misión de Jesús que viene a compartir la vida del hombre hasta dar su vida en la cruz. Por eso, san Juan llama a los milagros «signos», para indicar que apuntan hacia el don de la vida eterna que trae Jesús y que trasciende la curación de una enfermedad física. Si la misión de Cristo hubiera sido la restauración de la salud física, tendría que haber curado a todos los enfermos del mundo y en todas las épocas. Se explica así que san Pablo afirme que todo lo que hace «por causa del del Evangelio» es para participar él mismo de sus bienes, es decir, de los bienes eternos que solo se encuentran en Jesús.

San Pablo VI dice que «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena» (EN 7). Y añade que la misión de la Iglesia, de todo cristiano, es evangelizar «tal como Jesús lo concibió y lo puso en práctica». Debemos preguntarnos si al escuchar el relato de la jornada de Jesús, descubrimos el paradigma de nuestra propia vida, pues para esto hemos sido unidos a él con la misión recibida en el Bautismo.

Segovia, febrero 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

EL CUIDADO DE LA CREACIÓN (Manos Unidas)

La Jornada de Manos Unidas fija la mirada en el tema de la casa común que es nuestro planeta. Nos recuerda algo tan obvio como esto: la única especie capaz de cambiar el planeta es el hombre, lo que en la campaña se subraya como *El efecto ser humano*. En realidad, esta frase nos remite a la misión que, según el Génesis, el hombre recibe de Dios: el cuidado de la creación. Dios ha puesto al hombre como custodio de todo lo creado para llevarlo a su plenitud. «Someted la tierra», no es un mandato para que el hombre la domine en su propio beneficio, olvidándose del resto de la humanidad. Se trata de un «sometimiento» al plan de Dios, el fin para el que todas las cosas han sido creadas.

El ser humano, nos dice la campaña de este año, tiene la misión de cuidar de lo creado con un espíritu de servicio y no con el afán posesivo que hace de las cosas —y, peor aún, de las personas—, objetos de su pasión desordenada por tener y manipularlo todo. Si todas las cosas han sido creadas para el hombre, éste —como dice san Pablo— ha sido creado para Cristo, Señor de la creación. El orden de la creación exige que todo finalice en Cristo, de modo que aparezca claro en el mundo su justicia, su misericordia, su amor a todos los hombres sin distinción. Sólo así la creación revelará la gloria de Dios que es inseparable de la gloria del hombre.

Los atentados contra la creación en cualquiera de sus niveles son atentados contra Dios y, en consecuencia, contra el hombre. Se explica que la campaña de Manos Unidas se preocupe por las consecuencias que genera el cambio climático como, por ejemplo, el derecho a la alimentación de los más vulnerables y la recuperación de una vida digna de quienes sufren la pérdidas y daños, y las migraciones forzadas provocadas por causas climáticas o por faltas de recursos que permitan vivir con dignidad. Nos recuerda

también la grave deuda ecológica que los países más desarrollados tienen con los más empobrecidos, lo que atenta contra el principio de la justicia distributiva de los bienes creados para todos.

Vivir plenamente la condición humana exige solidaridad con el resto de la humanidad, considerarse realmente hermanos de todos los hombres. La pregunta que dirigen a Jesús —«¿quién es mi prójimo?»— ha recibido de sus labios una respuesta inequívoca que no precisa comentarios. La doctrina social de la Iglesia ha desarrollado las exigencias morales que derivan de la fraternidad universal de los hombres, hijos del único y verdadero Dios. Eludir la grave responsabilidad que dimana de este principio, nos sitúa ante el juicio de Dios, el Defensor de los huérfanos, viudas, pobres y emigrantes, que queda reflejado en la sentencia de Cristo: «Lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo» (Mt 25,45).

La campaña de Manos Unidas debe suscitar en nosotros una pregunta de índole moral: mi relación con la creación ¿responde a la finalidad que Dios le ha dado? ¿O se basa en el beneficio egoísta para mí mismo? En el primer caso, contribuiré a hacer de este mundo la ciudad de Dios de la que habla san Agustín, cuyo fundamento es el amor de Dios. En el segundo, construiré mi casa sobre el fundamento que tarde o temprano me llevará a la ruina: el amor propio como causa de muchos males. Manos Unidas viene a despertar nuestra conciencia en la dirección del bien común y de la custodia de la creación como casa en la que todos los hombres tienen su sitio desde la concepción hasta la muerte. El ser humano con su acción tiene un efecto inevitable del que no puede excusarse: se trata de escoger entre el efecto de vida o el efecto de muerte.

Segovia, febrero 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL DESIERTO DE LA CUARESMA

Quien se haya adentrado alguna vez en el desierto de Judá, donde Jesús vivió cuarenta días con sus noches, habrá experimentado un conjunto de vivencias que conforman a nivel sensible el espíritu de la Cuaresma: silencio, soledad, temor de lo inesperado, necesidad de amparo. El desierto está poblado de misterio, de ángeles y demonios, según la mentalidad bíblica. Y, sobre todo, está lleno de la soberana presencia de Dios que se percibe en el cielo estrellado, en el sol del atardecer, en el silencio que favorece la oración.

La Cuaresma significa adentrarse en la búsqueda de Dios a través del desierto que debemos fabricar en nuestro interior, ya que no nos retiramos al físico. Dentro de nosotros puede construirse el desierto. Para ello, hay que acallar las voces que perturban (físicas y espirituales). Hacer silencio es escuchar más el latido del corazón que el griterío de la ciudad, de los bares, de las calles atiborradas de gente. No basta callar, hay que refugiarse bajo la noche estrellada del alma, poblada de infinitas estrellas que hablan de Dios: son las auténticas experiencias espirituales que nos traen la memoria del Dios que habita en el interior del hombre, como dice san Agustín. La penitencia de la Cuaresma no es solo la privación de cosas inútiles, sino la actualización de lo que Dios ha hecho y hace con nosotros. Tomar conciencia de que somos templos del Espíritu, escuchar su voz, dejarnos llevar de sus impulsos, inspiraciones y deseos. Dios desea encontrarse con el hombre; desea que el hombre lo halle habitando en él.

También nuestra alma, como morada interior, necesita el aire puro de la gracia y echar fuera los pensamientos y deseos del mal que nos acosan cuando nos dejamos llevar de la desidia, la curiosidad, el vagabundeo espiritual que denota dispersión del corazón y de sus afectos. ¡Qué sabio es este consejo de Jesús!: «Cuando el espíritu inmundo sale

del hombre anda vagando por lugares áridos en busca de reposo y no lo encuentra. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí. Y al volver la encuentra deshabitada, barrida y arreglada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él y se mete a habitar allí; y el final de aquel hombre resulta peor que el comienzo» (Mt 12,43-45). Que cada cual saque sus consecuencias. La tentación que no se corta de raíz, es como la mala hierba que avasalla el terreno.

Cuando Jesús va al desierto para encontrarse con Dios tiene que vencer las tentaciones del Maligno. Nos enseña que el hombre religioso tiene que luchar contra el mal en cualquiera de sus manifestaciones. Nuestro interior puede estar habitado por ángeles o demonios. Cuando vence las tentaciones, Jesús es servido por ángeles, como signo de triunfo sobre el mal. Previamente, ha derrotado a Satanás con el único arma de la Palabra de Dios. Cuaresma es tiempo de escuchar a Dios en la Palabra que él nos ha dado por medio de profetas, evangelistas y apóstoles. Es el alimento adecuado en la lucha contra la mentira, el orgullo y la autocomplacencia. La Palabra de Dios purifica, conforta, enardece el amor y consolida la esperanza del triunfo. Es Palabra que dice la verdad y salva.

Si a la palabra de Dios añadimos la limosna, la austeridad de vida, el amor a los pobres y necesitados, la Cuaresma convierte el desierto en un vergel o paraíso, nos devuelve a la inocencia original y nos reviste de la integridad que el hombre espiritual ansía para celebrar la Pascua. Así el fuego pascual nos invadirá con su luz y podremos iluminar a cuantos caminan en tinieblas, porque la vocación del cristiano no es otra que participar de la luz de Cristo resucitado que ha venido a prender el mundo con su fuego.

Segovia, febrero 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

MUERTE Y GLORIA

En este segundo domingo de Cuaresma leemos el relato de la transfiguración de Jesús en el monte Tabor en presencia de sus tres discípulos predilectos, un acontecimiento crucial en la vida de Jesús. Por unos instantes Jesús desgarró el velo de su misterio personal y deja ver su gloria. En cierto sentido, anticipa su resurrección para ayudar a los discípulos a comprender su muerte, de la que les acaba de hablar. Si comparamos este pasaje con lo sucedido a Moisés cuando Dios le ordena subir al monte Sinaí para darle la Ley, observamos un paralelismo: en los dos pasajes se habla de seis días, del monte elevado, de la nube que envuelve a los personajes, del esplendor y de la visión. Sin embargo, hay una diferencia significativa. Jesús ocupa el lugar de la ley y el de Dios. Es el centro de la revelación, y la voz del Padre lo muestra como su Hijo amado, a quien hay que escuchar.

Como en toda teofanía el temor sobrecoge a los presentes y Pedro, con ingenuidad, dice: «Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». El evangelista añade: «No sabía qué decir, pues estaban asustados». En realidad, Pedro quiere detener el tiempo, captar la escena como un fotograma fijo del suceso. En cierto sentido, Pedro quiere evitar que Jesús continúe por el camino de la pasión y plante definitivamente su tienda gloriosa entre los hombres. Jesús podría haberle dicho, como en Cesarea de Filipo, que no pensaba como Dios, sino como los hombres. La referencia a las tres tiendas para Jesús, Moisés y Elías, indica que Pedro quiere dominar lo divino y evitar el destino de muerte. Sin duda, las tiendas hacen referencia a la fiesta de los Tabernáculos que tenía connotaciones mesiánicas y anticipaba el júbilo de la salvación definitiva.

Terminada la visión, los apóstoles se encuentran de nuevo en tierra firme y ven a Jesús en su figura habitual, solo.

Deben asumir la realidad y caminar con Él hacia el destino de su muerte. Han recibido, sin embargo, la luz de lo alto para comprender que la muerte no es el término de su vida. Como muy bien dice un biblista, «en el horizonte brilla sólo, como una cinta de plata, la promesa de que después de tres días resucitará. Jesús es el Hijo amado de Dios que no permanece en la muerte, sino que está llamado a la gloria del cielo, a la culminación de su camino junto a Dios» (Schnackenburg).

En el camino cuaresmal que recorremos en la Iglesia, la transfiguración alienta la esperanza de nuestro destino final que, como el de Jesús, no es la muerte, sino la vida eterna. Con frecuencia, los cristianos damos la impresión de que hemos dejado de creer en la gloria final o la reducimos a un consuelo sin consistencia real. Es indudable que la muerte es el mayor enigma de la existencia humana, como afirma el Concilio Vaticano II. En la última gala de los Goya una artista dijo que la muerte es «el olvido definitivo». Los cristianos no pensamos así. Dios nos tiene siempre presentes en su infinita memoria y en su gloria. Nada es ajeno al pensamiento de Dios. Podrán olvidarnos los hombres, las generaciones futuras, pero Dios nos guarda más allá de la muerte y nos mantiene en el ser porque nos ha creado para la Vida, no para la muerte. Por eso, santa Mónica le dijo a san Agustín que podía enterrar su cuerpo donde quisiera, pero que no la olvidara nunca ante el altar de Dios cuando celebrase sus misterios. La razón de esta memoria viva ante Dios es que Jesús ha derrotado la muerte y nos ha unido a él de tal manera que también nosotros participaremos con nuestro propio cuerpo de la gloria que vieron los apóstoles en el suyo. Con Cristo, pasamos por la muerte para entrar en la gloria

Segovia, febrero 2024.
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL NUEVO TEMPLO DE DIOS

En este segundo domingo de Cuaresma leemos el relato de la transfiguración de Jesús en el monte Tabor en presencia de sus tres discípulos predilectos, un acontecimiento crucial en la vida de Jesús. Por unos instantes Jesús desgarró el velo de su misterio personal y deja ver su gloria. En cierto sentido, anticipa su resurrección para ayudar a los discípulos a comprender su muerte, de la que les acaba de hablar. Si comparamos este pasaje con lo sucedido a Moisés cuando Dios le ordena subir al monte Sinaí para darle la Ley, observamos un paralelismo: en los dos pasajes se habla de seis días, del monte elevado, de la nube que envuelve a los personajes, del esplendor y de la visión. Sin embargo, hay una diferencia significativa. Jesús ocupa el lugar de la ley y el de Dios. Es el centro de la revelación, y la voz del Padre lo muestra como su Hijo amado, a quien hay que escuchar.

Como en toda teofanía el temor sobrecoge a los presentes y Pedro, con ingenuidad, dice: «Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». El evangelista añade: «No sabía qué decir, pues estaban asustados». En realidad, Pedro quiere detener el tiempo, captar la escena como un fotograma fijo del suceso. En cierto sentido, Pedro quiere evitar que Jesús continúe por el camino de la pasión y plante definitivamente su tienda gloriosa entre los hombres. Jesús podría haberle dicho, como en Cesarea de Filipo, que no pensaba como Dios, sino como los hombres. La referencia a las tres tiendas para Jesús, Moisés y Elías, indica que Pedro quiere dominar lo divino y evitar el destino de muerte. Sin duda, las tiendas hacen referencia a la fiesta de los Tabernáculos que tenía connotaciones mesiánicas y anticipaba el júbilo de la salvación definitiva.

Terminada la visión, los apóstoles se encuentran de nuevo en tierra firme y ven a Jesús en su figura habitual, solo. Deben asumir la realidad y caminar con Él hacia el desti-

no de su muerte. Han recibido, sin embargo, la luz de lo alto para comprender que la muerte no es el término de su vida. Como muy bien dice un biblista, «en el horizonte brilla sólo, como una cinta de plata, la promesa de que después de tres días resucitará. Jesús es el Hijo amado de Dios que no permanece en la muerte, sino que está llamado a la gloria del cielo, a la culminación de su camino junto a Dios» (Schnackenburg).

En el camino cuaresmal que recorremos en la Iglesia, la transfiguración alienta la esperanza de nuestro destino final que, como el de Jesús, no es la muerte, sino la vida eterna. Con frecuencia, los cristianos damos la impresión de que hemos dejado de creer en la gloria final o la reducimos a un consuelo sin consistencia real. Es indudable que la muerte es el mayor enigma de la existencia humana, como afirma el Concilio Vaticano II. En la última gala de los Goya una artista dijo que la muerte es «el olvido definitivo». Los cristianos no pensamos así. Dios nos tiene siempre presentes en su infinita memoria y en su gloria. Nada es ajeno al pensamiento de Dios. Podrán olvidarnos los hombres, las generaciones futuras, pero Dios nos guarda más allá de la muerte y nos mantiene en el ser porque nos ha creado para la Vida, no para la muerte. Por eso, santa Mónica le dijo a san Agustín que podía enterrar su cuerpo donde quisiera, pero que no la olvidara nunca ante el altar de Dios cuando celebrase sus misterios. La razón de esta memoria viva ante Dios es que Jesús ha derrotado la muerte y nos ha unido a él de tal manera que también nosotros participaremos con nuestro propio cuerpo de la gloria que vieron los apóstoles en el suyo. Con Cristo, pasamos por la muerte para entrar en la gloria.

Segovia, marzo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL JUICIO DE LA LUZ

A medida que nos acercamos a la fiesta de Pascua, el drama de Jesús se hace cada vez más patente. Es un drama que no le afecta sólo a él, sino a la humanidad. Se trata del drama de la luz y las tinieblas. Hoy leemos en el Evangelio una parte del diálogo de Jesús con Nicodemo, jefe religioso judío, interesado por la enseñanza de Jesús. Jesús le dice: «Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas» (Jn 3,19).

¿A qué juicio se refiere Jesús? Es evidente que se trata de un juicio moral. El contraste entre la luz y las tinieblas es una imagen que, tanto en el Evangelio de san Juan como en los escritos de Qumrán, se refiere a la opción por el bien o por el mal, definidos como luz y tinieblas. Así lo indica la expresión «porque sus obras eran malas». El evangelista se refiere a quienes han optado por el mal. Hay que recordar que ya en el prólogo del evangelio, cuando se presenta la obra del Verbo de Dios dispuesto a vivir entre los hombres, se dice que la «luz viene a la tiniebla y la tiniebla no lo recibió». Esta oposición entre la luz y las tinieblas recorre el evangelio de principio a fin hasta el punto de que Jesús llega a decir de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,11). Al identificarse como la luz del mundo, es obvio que Jesús se dirige a todos los hombres y no sólo al pueblo de Israel.

Pero volvamos al tema del juicio. La palabra «juicio» posee en el evangelio de Juan dos sentidos: el que se refiere al discernimiento del bien y del mal; y el que significa un juicio condenatorio. En su diálogo con Nicodemo, Jesús le dice que su Padre le ha enviado al mundo no para condenarlo, sino para que el mundo se salve por él. La voluntad del Padre es que todo el mundo se salve por medio de su Hijo. Sin

embargo, en cuanto Luz, Jesús es juicio de discernimiento para el mundo, y en este sentido la persona que se acerca a él puede saber si actúa bien o mal, si opta por la luz o por las tinieblas. Jesús no condena, es el hombre quien se condena a sí mismo, cuando, ante la luz que señala el bien, opta por las tinieblas que le encierran en la maldad. Por eso, evitan venir a la luz, para que no se vea que sus obras son malas.

Con algunos ejemplos entendemos la enseñanza de Jesús. La oscuridad es el ámbito de los ladrones, criminales y delincuentes. Aunque algunos hacen el mal a la luz del día, lo normal es actuar de noche, alejados de la luz. Es corriente observar que, al ser llevados a juicio, ocultan sus rostros para no ser vistos o por la vergüenza que supone haber sido descubiertos. No quieren ser reconocidos. A esto se refiere Jesús cuando dice que prefieren las tinieblas «porque sus obras son malas». El mal detesta la luz, no sólo la luz física, sino la espiritual y moral, la que procede de la luz limpia de la razón, gracias a la cual el hombre discierne lo bueno de lo malo. Es interesante señalar que, después de haber pecado, Adán y Eva se esconden para que, cuando Dios baje a pasear a la tarde como hacía ordinariamente, no sean vistos. El pecado, en cuanto alejamiento de Dios, es oscuridad. Quien ama el bien y la verdad se acerca a la luz. Así lo dice Jesús a Nicodemo: «El que obra la verdad se acerca a la luz, de modo que se vea que sus obras están hechas según Dios» (Jn 3,21).

Al caminar hacia la Pascua, acercarse a Jesús es la forma más sencilla de saber en qué ámbito vivimos y por qué optamos: ¿La luz o las tinieblas? Él no ha venido a condenar. Es el hombre quien se condena a sí mismo, cuando, ante la luz, prefiere las tinieblas. Ese es su juicio.

Segovia, marzo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

SACERDOTES PARA EL PUEBLO DE DIOS (Día del Seminario)

Cuando Jesús eligió a los doce apóstoles, dio un paso decisivo en la constitución de su Iglesia. El número 12 evoca, sin duda, a los patriarcas (y tribus de Israel) que, en cierto sentido, constituyen el armazón del pueblo de la primera alianza. Al escoger a los apóstoles, Jesús indica que su Iglesia se edificará sobre el fundamento de los Doce, que serán llamados columnas de la Iglesia. Este colegio apostólico, a cuya cabeza está Pedro, Vicario de Cristo, tiene su continuidad en el colegio episcopal que constituye la jerarquía de la Iglesia. A ella se unen también, desde el inicio de la Iglesia, los sacerdotes, colaboradores necesarios de los obispos, como fueron los presbíteros que trabajaban junto a los apóstoles.

Al celebrar el Día del Seminario, la Iglesia nos pide oraciones y ayuda económica por esa comunidad de la que saldrán los sacerdotes y obispos que serán consagrados como pastores del Pueblo de Dios. Es preciso orar para que el Señor envíe sacerdotes a su mies en tiempos difíciles como el nuestro. El Seminario es una comunidad en torno a Jesús donde se educan los que tienen que «conformarse» a él para ejercer su propio ministerio sacerdotal.

En muchas religiones hay personas que ejercen funciones sagradas. Se les da diversos nombres, entre ellos el de «sacerdote». Jesús, aunque no perteneció a la clase sacerdotal de la tribu de Leví, es designado «sacerdote» o «sumo sacerdote» en la *Carta a los Hebreos*. El sacerdocio de Cristo sólo se parece al judío en el nombre y en la función de ser mediador entre Dios y los hombre. Fuera de eso, es un sacerdocio radicalmente nuevo, porque la ofrenda que hace Jesús es la de su propia vida entregada por amor. Como dice un prefacio de la misa, en Jesús coinciden el altar, la víctima y el sacerdote. El sacerdocio que él instituye se prolonga en aquellos que, como sacerdotes u obispos, reali-

zan su misma entrega al servicio de los hombres. De ahí que la tarea más importante que un sacerdote realiza en este mundo es la de conformarse a Cristo, en sus actitudes, afectos y conducta entre sus hermanos. Cuando celebra los sacramentos, enseña como maestro y guía a la comunidad que se le ha confiado, «representa» a Cristo. De ahí que una forma de designar al sacerdote en la tradición espiritual de la Iglesia es «otro Cristo». La expresión puede parecer exagerada, pero no lo es. El pueblo cristiano sabe muy bien que la distancia entre Cristo y el sacerdote es infinita. No obstante, también sabe que, al haber sido elegido y ungido por él, el sacerdote lo representa y tiene la gracia de dar la salvación que Cristo nos ha traído como enviado del Padre. Por eso, Jesús dice a los Doce que los envía al mundo como el Padre lo envió a él para dar la vida eterna.

Al escoger a los Doce, Jesús conocía muy bien sus flaquezas y debilidades. Sabía que no eran ángeles ni espíritus puros. Eran, sencillamente, hombres. A pesar de su pobreza, ignorancia y pequeñez, los «constituyó» apóstoles y puso en sus manos el pastoreo de la Iglesia. De ahí la importancia del sacerdote en la Iglesia. A través de ellos, por grande que sea su pobreza, nos llega la gracia de Cristo y la salvación.

El Día del Seminario es una ocasión propicia para pedir por ellos y acompañarlos en su difícil y duro trabajo que, en muchas ocasiones, refleja también la cruz de Cristo. Sin sacerdotes, la Iglesia no tiene la presencia visible de Cristo en la vasija de barro, según dice Pablo, de quienes lo representan. Debemos rogar para que nunca nos falten sacerdotes y ayudar al sostenimiento del Seminario, escuela del seguimiento de Cristo y hogar donde se aprende a sentir, pensar y vivir como Él.

Segovia, marzo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

ATRAERÉ A TODOS HACIA MÍ

Jesús se ha servido de diversas imágenes para expresar el significado de su muerte y resurrección. Quizás, la más conocida sea la del grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto. Es la misma imagen que utiliza san Pablo para hablar de la transformación que experimentará nuestro cuerpo cuando sea glorificado como el de Cristo (cf. 1 Cor 15, 35-45). Jesús es ese grano que dará su fruto en la resurrección, pero antes tiene que pasar por la muerte.

El Domingo de Ramos, pórtico de la Semana Santa, nos presenta los dos aspectos del misterio pascual: por una parte, Jesús es aclamado con júbilo por el pueblo como el que viene en el nombre del Señor. Lo hace humildemente, a lo más de una borriquilla, pero se le aclama como rey. En la misma liturgia, después de la procesión de ramos, se proclama la pasión, para decirnos que nuestro rey es el varón de dolores de Isaías, el Crucificado. Se cumple así lo que Jesús había anunciado en varias ocasiones: que el Mesías tenía que padecer, ser entregado en manos de los pecadores, y resucitar al tercer día.

En estos días de la Semana Santa seguimos paso a paso el camino que Jesús ha elegido para llegar a la gloria. En un himno muy antiguo, que san Pablo recoge en su carta a los Filipenses, proclamado en este domingo, se afirma que Jesús se anonadó en la Encarnación, dejando la gloria de Dios, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (cf. Flp 2,6-11). Por este camino ha llegado a la gloria que, según dicho himno, se describe como recibir el *nombre-sobre-todo-nombre*, que es el de «Señor», es decir, el título que se otorga a Dios. Cristo ha llegado a la gloria mediante tres escalones por los que desciende a la ignominia de la Cruz.

La primera y radical humillación de Cristo es la participación en nuestra pobre naturaleza humana, que él asume como condición de la pasión. Jesús hace carrera hacia

abajo, eso significa humillarse, descender a lo más ínfimo de la condición humana, que es la muerte. No se trata, sin embargo, de una muerte cualquiera, sino de la ignominiosa muerte de cruz, como afirma san Pablo en su carta a los Gálatas: «Cristo se hizo por nosotros maldición, porque está escrito: maldición Maldito todo el que cuelga del madero» (3,13). He aquí la obediencia suprema que se opone a la desobediencia de Adán. Éste quiso llegar a ser Dios por el camino de la desobediencia. Cristo recibe la gloria, que ya tenía junto al Padre antes de la Encarnación, por la vía de la obediencia hasta la muerte de cruz.

En esta dramática paradoja se ilumina el amor de Cristo al Padre y a los hombres. Cristo no buscó la gloria, ni el triunfo, al estilo del viejo Adán del que todos participamos. La gloria que alcanza Jesús, levantado en cruz sobre la tierra, es la gloria de quien entrega la vida y la recupera de forma plena y absoluta — junto a Dios — para sí mismo, en cuanto hombre, y para todos nosotros. Al hacer esto, expresa su amor «hasta la consumación», como dice san Juan. Y se convierte en el verdadero Hombre Nuevo del que también nosotros, gracias al Bautismo, llevamos la imagen. Antes de morir, Jesús había dicho: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). Esta elevación es la cruz o, mejor dicho, el amor manifestado en la cruz. Es el amor que seduce y atrae a todos los que entienden que dar la vida es el signo del amor pleno y verdadero. Y si aquel que da la vida es el Hijo de Dios, entonces se explica que atraiga la mirada de todos los que aspiramos a ser hombres nuevos a imagen del Crucificado. Solo así podemos vivir y celebrar los misterios de la Semana Santa, y entender que la cruz y la gloria son inseparables.

Segovia, marzo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

HEMOS RESUCITADO CON CRISTO

La Resurrección de Cristo es el acontecimiento central de la fe cristiana. Sin ella, no existe el cristianismo como revelación de Dios. La Resurrección no es volver a la vida que Jesús tenía antes de morir, sino el establecimiento de una vida nueva; por eso es el inicio de lo que san Pablo llama «nueva creación». Se explica así el comportamiento de Cristo: no es reconocido a primera vista; cambia de figura; entra en espacios cerrados; aparece y desaparece. Sin embargo, es el mismo Jesús terreno, que, por la acción del Espíritu, ha pasado definitivamente al mundo de Dios, donde no existen las leyes físicas que tenemos en la tierra.

La Resurrección de Jesús no es comparable con las que él realizó durante su vida pública: la del hijo de la viuda de Naín, la de la hija de Jairo y la de Lázaro. En estas ocasiones, Jesús les devuelve la vida física. Jesús, por el contrario, trasciende el mundo físico y entra en la vida eterna. Por eso, santo Tomás distingue entre la resurrección imperfecta y la perfecta: recuperar la vida física o participar plenamente de la eternidad, con el cuerpo gloriosamente transformado.

¿Por qué entonces los Evangelios no describen el hecho de la resurrección? Esta objeción racionalista es, en sí misma, un sinsentido. Como hecho trascendente, cuyo agente es Dios mismo, no puede ser descrito ni contemplado. Los evangelistas usan imágenes que indican la acción de Dios, como la del ángel que quita la piedra del sepulcro para mostrarlo vacío, pero no describen el hecho que es inaccesible a los sentidos.

Esto no quiere decir que el acontecimiento de la Resurrección no sucediera en el tiempo. Hubo un momento en que el cuerpo de Jesús dejó de estar en el sepulcro, pues, por la acción del Espíritu, fue glorificado y su carne dejó de estar sometida a las limitaciones del espacio y del tiempo. Podemos decir que pasó al ámbito de Dios.

Ya desde el principio del cristianismo, hubo negaciones de esta verdad, como sabemos por la carta de san Pablo a los corintios. El apóstol reacciona con firmeza: “Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe”, aún estamos en nuestros pecados. En efecto, sin la Resurrección, la muerte de Jesús queda sin sentido, pues no sería más que la muerte de un hombre justo. Al resucitar, Jesús valida sus pretensiones divinas y confirma que, al entregarse por nosotros, nos redime del pecado y de la muerte. Esto significa que también nosotros participaremos un día de la misma gloria de Cristo en nuestro propio cuerpo. Es cierto que la muerte parece ser el final de la vida, si la consideramos desde su aspecto físico. Pero no es el final, pues, como dice un prefacio de la misa de difuntos, aunque se desmorona esta morada terrena, alcanzamos una morada eterna en los cielos. Esto es lo que Jesús dijo a sus apóstoles antes de morir: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros» (Jn 14,1-3) Esta es la buena noticia de la Pascua: el Señor ha resucitado y volverá para que tomemos posesión de esa morada que nos ha preparado junto a él. Y no solo con el alma, que marcha hacia Dios cuando morimos, sino con un cuerpo semejante al suyo, puesto que nada de lo que Dios ha hecho tiene como destino la muerte, sino la vida. Dios, dice la Escritura, no es «Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos» (Lc 20,28).

La Resurrección de Cristo es, anticipadamente, la nuestra propia. Por eso, se le llama primogénito de entre los muertos, porque él nos precede en la gloria a una multitud de hermanos.

Segovia, marzo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

AGENDA DEL SR. OBISPO

ENERO 2024

- Día 5. Visitas en el Obispado.
- Día 9. Consejo de Gobierno.
- Día 10. Visitas en el Obispado.
- Día 14. Eucaristía por el día de la Infancia Misionera en el Colegio de los Escolapios en Pozuelo de Alarcón (Madrid).
- Día 15. Funeral por Don Jesús Hernangómez.
- Día 16. Consejo de Gobierno.
- Día 17. Visitas en el Obispado.
- Día 19. Visitas en el Obispado. Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.
- Día 20. Participación en la Ordenación Episcopal de Mons. Mikel Garciandía Goñi en Palencia.
- Día 23. Misa mozárabe en La Real Colegiata de San Ildefonso de La Granja. Consejo de Gobierno.
- Día 24. Visitas en el Obispado. Eucaristía con la Escuela de Teología.
- Día 25. Visitas en el Obispado. Reunión con la Comisión de Manos Unidas.
- Día 26. Consejo de Asuntos Económicos.
- Día 29. Encuentro de Arciprestes.
- Día 30-31. Comisión Permanente de la CEE.

FEBRERO 2024

- Día 1. Consejo de Gobierno.
- Día 2. Comisión permanente del Consejo presbiteral. Eucaristía en la Catedral por el día de Presentación del Señor, Jornada Mundial de la Vida Consagrada.
- Día 3. Confirmaciones en la parroquia del Carmen
- Día 6. Entrevista de radio. Consejo de Gobierno
- Día 7. Presentación del libro "La vida de Jesús según San Juan".

- Día 8. Visitas en el Obispado. Eucaristía en San Millán con motivo del comienzo de la campaña de Manos Unidas.
- Día 9. Visitas en el Obispado.
- Día 10. Consejo Diocesano de Pastoral.
- Día 11. Eucaristía por la Jornada Mundial del Enfermo en la capilla de la residencia de ancianos de las Hermanitas de los Pobres.
- Día 13. Consejo de Gobierno.
- Día 15. Rueda de prensa. Visitas en el Obispado.
- Días 16-18. Encuentro Jornadas de Primer Anuncio en Madrid
- Días 19-20. Encuentro de Obispos, Vicarios y Arciprestes de Iglesia en Castilla.
- Día 21. Visitas en el Obispado. Consejo de Sustentación del clero.
- Día 22. Visitas en el Obispado. Reunión con la Presidenta Nacional de Manos Unidas.
- Día 23. Visitas en el Obispado. Consejo de Asuntos Económicos. Unción de enfermos.
- Día 24. Eucaristía por el 10º aniversario de la Hermandad de la Paz en Palazuelos.
- Día 25. Misa, inauguración y bendición del busto de la Reina Isabel La Católica en la Iglesia de San Miguel.
- Día 27. Consejo de Gobierno.
- Día 28. Conferencia inaugural en el XXI encuentro de empleados y voluntarios de las Delegaciones de Misiones y OMP en Madrid.
- Día 29. Visitas en el Obispado.

MARZO 2024

- Día 1. Misa por el día de la Policía local de Segovia. Visitas en el Obispado.
- Día 4-8. Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal.
- Día 11. Visitas en el Obispado.
- Día 12. Consejo de Gobierno.

- Día 13. Visitas en el Obispado.
- Día 14. Visitas en el Obispado.
- Día 15. Visitas en el Obispado.
- Día 16. Participa en el pregón de Semana Santa. Vigilia por el día del Seminario.
- Día 19. Reunión en la sede de Cáritas. Eucaristía por la Solemnidad de San José en las Hermanitas de los Pobres. Eucaristía por el 450 aniversario de la Fundación del Carmelo de San José de Segovia.
- Día 20. Visitas en el Obispado.
- Día 21. Consejo de Gobierno.
- Día 22. Consejo de Asuntos Económicos. Eucaristía en Santa Eulalia por la finalización del Triduo.
- Día 23. Entrevista de radio por la publicación del libro "La vida de Jesús según San Juan".
- Día 24. Eucaristía del Domingo de Ramos.
- Día 25. Misa Crismal.
- Día 27. Celebración del Via Crucis en los PP. Carmelitas
- Día 28. Laudes en la Catedral. Misa vespertina de la Cena del Señor.
- Día 29. Laudes en la Catedral. Celebración de la Pasión del Señor.
- Día 30. Laudes en la Catedral. Vigilia Pascual.
- Día 31. Misa de Pascua y Bendición Papal. Exequias en Mozoncillo por el sacerdote Don Pedro Migueláñez.

II. CANCELLERÍA - SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdmo. Mons. César Augusto Franco Martínez se ha dignado hacer los siguientes nombramientos:

20 de diciembre de 2023.

Don Florentino Vaquerizo Gómez. Juez diocesano. Renovado por cuatro años.

9 de enero de 2024.

Don Juan Agudo Sigueros. Vicario parroquial de las parroquias del Santo Cristo de la Cruz del Mercado y Santa Teresa de Jesús. Solo para el presente curso pastoral.

25 de enero de 2024.

Don José Manuel Camacho Milara. A sus actuales parroquias de Paradinas y Aragoneses se le añade la parroquia de Garcillán como Administrador Parroquial.

26 de marzo de 2024.

Doña Ana María Gil Ordóñez. Responsable de la Comisión Gestora de Manos Unidas. Por un año.



EN LA PAZ DEL SEÑOR

El día 14 de enero de 2024, falleció en Segovia el **Rvdo. Sr. Don Jesús Hernangómez Sastre.**

Nacido en Segovia el 27 de agosto de 1935.

Cursó los estudios eclesiológicos en el Seminario de Segovia y en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Fue ordenado presbítero el 25 de julio de 1960.

Desempeñó los siguientes cargos:

- 5 septiembre 1960. Ecónomo de Navas de Riofrío.
- 10 junio 1963. Ecónomo de Balisa y Servidor de Villoslada.
- 4 octubre 1964. Director espiritual del Seminario Menor de Linares de Riofrío.
- 4 octubre 1966. Director espiritual de filósofos en el Seminario de Plasencia y profesor de latín. Profesor de religión en Escuela de Magisterio de la Iglesia en Plasencia.
- 24 octubre 1967. Vicario parroquial en la Parroquia de San Juan María Vianney de Valencia (Venezuela) y Capellán del Hospital General de Valencia (Venezuela).
- 28 noviembre 1970. Coadjutor de San José Obrero, de Segovia.
- 15 octubre 1984. Párroco de Hontoria.
- 15 febrero 1986. Párroco de Zamarramala.
- 27 julio 1992. Arcipreste de Segovia pueblos.
- 9 diciembre 1992. Párroco de Zamarramala, Hontoria, Perogordo y Torredondo.
- 23 octubre 2003. Arcipreste del arciprestazgo de La Granja – San Medel y miembro del Consejo Presbiteral.
- 24 julio 2010. Administrador parroquial de Torredondo y Perogordo.
- Jubilado colabora en la Parroquia de San Lorenzo, de Segovia.

Oremos por él.

El día 30 de marzo de 2024 falleció en Segovia el **Rvdo. Sr. Don Pedro Migueláñez Herrero.**

Nacido en Mozoncillo el 19 de octubre de 1938.

Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor “El Salvador” de Salamanca y en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Fue ordenado presbítero en Mozoncillo el 26 de diciembre de 1974.

Desempeñó los siguientes cargos:

- 18 octubre 1975. Ecónomo de Montejo de la Vega de la Serrezuela y Servidor de Villaverde de Montejo, Valdevacas de Montejo y Villalvilla.
- 1 febrero 1978. Marcha a Guatemala a la diócesis de Quezaltenango.
- 10 febrero 1978. Párroco adjunto de San Felipe, departamento de Retalhuleu.
- 1 septiembre 1982. Estudios en Madrid de Catequética en el Instituto San Pio X y Coadjutor en la Parroquia Virgen de la Candelaria en el barrio de San Blas, de Madrid
- 29 diciembre 1984. Párroco de Santa Teresa de Jesús, de Segovia.
- 31 enero 1991. Vuelve a Guatemala al departamento de San Marcos.
- 5 febrero 1991. Párroco de Santiago Apóstol en Tejutla (San Marcos).
- 19 noviembre 2004. Párroco de Navas de Oro, Samboal y Narros de Cuéllar.
- 20 julio 2015. Jubilado es Adscrito a la parroquia de Santa Eulalia, de Segovia.
- 12 abril 2016. Capellán de las Monjas Concepcionistas Franciscanas, de Segovia.
- Jubilado reside en la Casa sacerdotal hasta su fallecimiento.

Oremos por él.

Alfonso M^a Frechel Merino.
Canciller – Secretario General

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL

Nota y rueda de prensa final de la 124ª Asamblea Plenaria

Los obispos españoles han celebrado su 124ª Asamblea Plenaria en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE) del 4 al 8 de marzo de 2024. El orden del día ha estado marcado por la renovación de cargos para el cuatrienio 2024-2028.

El secretario general, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el viernes 8 de marzo, de los trabajos que se están realizando en este encuentro.

Antes de la sesión inaugural, los obispos celebraron la eucaristía en la capilla de la Sucesión Apostólica. Presidió el hasta ahora presidente de la CEE, cardenal Juan José Omella, arzobispo de Barcelona. En la homilía pidió «al Señor que la experiencia de fraternidad y de comunión que vivimos en las Asambleas Plenarias crezca y que busquemos más el bien común, el bien de la Iglesia, que el bien particular, que el bien de cada diócesis».

Sesión inaugural

El cardenal Omella también habló de comunión en su último discurso inaugural, con el que comenzó esta Plenaria a las 11.00 horas del lunes 4 de marzo. El todavía presidente de la CEE, “al llegar al término de mi mandato” quiso dirigir su mirada “preferentemente a nuestra vida de pastores de la Iglesia” y dar las gracias “a todos vosotros, hermanos obispos, y a todo el personal que trabaja en esta casa por vuestro apoyo, colaboración y comprensión durante estos cuatro años de servicio. Ha sido una bella etapa en el camino que hacemos juntos hacia la meta, en la que nos espera un premio impresionante”.

Después intervino el encargado de negocios de la Nunciatura Apostólica en España, Mons. Roman Walczak, que cumplió con el encargo del Nuncio de expresar “sentimientos de viva gratitud” al cardenal Omella “por la diligencia en el servicio prestado a la Iglesia en España durante el tiempo que, contando con la merecida confianza de esta Asamblea episcopal, ha estado al frente de su digna Presidencia”. También adelantó “su felicitación al nuevo presidente que será elegido en esta Asamblea”.

Participantes

En esta Asamblea de elecciones han participado 78 personas con derecho a voto: 2 cardenales; 16 arzobispos; 50 obispos y 9 auxiliares y el administrador diocesano de Gerona. También se cuenta con la presencia de cardenales, arzobispos y obispos eméritos.

Se han incorporado a la Plenaria el arzobispo coadjutor de Mérida-Badajoz, Mons. José Rodríguez Carballo; el arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, Mons. Florencio Roselló; y el obispo de Palencia, Mons. Mikel Garciandía.

El obispo electo de Gerona, el monje cisterciense Octavi Vilà, asistió a la sesión inaugural, aunque no ha podido participar porque no es miembro de pleno derecho hasta su ordenación episcopal, el próximo 21 de abril.

Agradecimiento por la contribución de la Iglesia española a la JMJ

El lunes 4 de marzo intervino en la Asamblea Plenaria el obispo de Setúbal, el cardenal Américo Aguiar, como presidente de la Fundación JMJ Lisboa 2023, para mostrar su agradecimiento por la contribución de la Iglesia española a este encuentro. Además, entregó al cardenal Omella un cuadro conmemorativo.

100.000 jóvenes españoles, entre inscritos y los que viajaron por su cuenta, participaron del 1 al 6 de agosto de 2023 en la Jornada Mundial de la Juventud. Junto a ellos, casi un millar de sacerdotes y 71 obispos españoles.

Renovación de los cargos de la CEE

En esta Asamblea Plenaria se han renovado todos los cargos de la CEE para el cuatrienio 2024-2028, excepto el de secretario general, que se elige para un período de cinco años. Antes de las votaciones, se repasaron las actividades que se han llevado a cabo durante el cuatrienio que ahora termina, el 2020-2024.

Las votaciones comenzaron el martes 5 de marzo con la elección de Mons. Luis Argüello como presidente de la CEE, con 48 votos en la primera votación. Después, fue elegido el cardenal José Cobo como vicepresidente, con 39 votos en la segunda votación.

Ese mismo día se eligieron los seis miembros de la Comisión Ejecutiva y los presidentes de las diez Comisiones y las ocho Subcomisiones Episcopales. El miércoles, 6 de marzo, por la mañana, concluyeron las votaciones con la elección del presidente del Consejo Episcopal de Asuntos Jurídicos y de los tres miembros del Consejo Episcopal de Economía.

El miércoles por la tarde quedaron constituidas la Comisión Ejecutiva y la Comisión Permanente. Y el jueves, día 7, las Comisiones Episcopales a las que se han incorporado, como miembros, los obispos que no ocupan ninguno de los cargos anteriores.

La CEE en el cuatrienio 2024-2028

Aprobación de la estructura del plan propuesta por la Permanente para la reparación integral de víctimas de abusos sexuales

La Asamblea Plenaria ha aprobado los principios informadores del plan de reparación integral de víctimas de abusos sexuales en el ámbito eclesiástico del que emanarán las normas generales que se aplicarán en los casos de reparación. Lo ha presentado el Servicio de coordinación y asesoramiento de las oficinas para la protección de menores. En enero, la Comisión Permanente revisó el texto que ya incorporaba las observaciones de los obispos y las ideas recogidas en el Mensaje al Pueblo de Dios de la Plenaria. Ahora se incorporarán las indicaciones del Consejo Episcopal para Asuntos Jurídicos y del órgano de compliance de la Conferencia Episcopal.

Este plan de reparación integral está orientado a evitar que los casos de abusos a menores vuelvan a repetirse. A la vez que plantea cómo ofrecer a las víctimas una reparación integral y adecuada dando respuesta a la demanda que cada caso particular requiere.

Por otra parte, el director del Servicio de Asesoramiento a las Oficinas de Protección de menores, Mons. Jesús Torrente, también ha llevado a la Plenaria el informe del trabajo realizado por las oficinas durante 2023. En este período se ha duplicado el número de personas que han recibido formación para la prevención de abusos: han sido 250.000 personas; entre ellas 180.000 niños y adolescentes, cerca de 30.000 profesores, 22.000 padres y madres, 8.000 sacerdotes y consagrados y 8.200 monitores. Más de la mitad de los seminaristas españoles recibieron formación sobre esta cuestión. La labor de formación es el eje de la prevención de los abusos que está desarrollando la Iglesia. También las oficinas acogieron el testimonio de 155 personas que habían sufrido abusos desde los años 40 hasta nuestros días. Con ellos se siguieron los protocolos indicados.

Exhortación pastoral sobre la identidad y marco de la Pastoral con migrantes

La Plenaria ha aprobado la exhortación pastoral “Comunidades acogedoras y misioneras. Exhortación pastoral sobre la identidad y marco de la Pastoral con migrantes”. Es un texto redactado por la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y la Movilidad humana, pero que cuenta también con las aportaciones de los obispos de la Subcomisión Episcopal para la Acción Caritativa y Social. Estas dos Subcomisiones integran la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y Promoción Humana. Su presidente, Mons. Jesús Fernández González, ha sido el encargado de hacer la presentación.

Esta Exhortación Pastoral, en la que se ha trabajado después un proceso de escucha y reflexión, actualiza el último documento de referencia de la CEE, de 2007, para ofrecer un nuevo marco de referencia para la pastoral con personas migradas en la Iglesia de España.

El documento aporta un enfoque transversal con el objetivo de profundizar en la cercanía, la catolicidad, la hospitalidad, la cultura del encuentro y la ciudadanía plena, como ejes para promover la integración de las personas migradas y su diversidad cultural a todos los niveles de la vida del Pueblo de Dios. Propone una pedagogía pastoral más centrada en trabajar en red y por proyectos. Además, ofrece orientaciones, claves de transformación y un conjunto de hasta 42 propuestas y buenas prácticas.

Los criterios de acción que propone son: El derecho a no tener que migrar, el derecho a migrar y a la ciudadanía mundial, la necesidad de una autoridad mundial, la importancia de la dimensión católica de la Iglesia y el desarrollo en cada pastoral de ese pueblo de Dios que es «católico», así se desarrolla en cada pastoral, el horizonte de la cultura del encuentro. Se trata también de hacer una pastoral donde la diversidad en armonía sea el modo de caminar juntos.

Seminarios

Los obispos españoles viajaron a Roma unos días después de finalizar la Plenaria de noviembre para asistir, el día 28, a un encuentro con el papa Francisco y el Dicasterio para el Clero. En esta reunión se les entregó el documento “Criterios para la actualización de la formación sacerdotal inicial en los Seminarios Mayores de las Iglesias particulares que conforman la Conferencia Episcopal Española”. Un documento que señala las pautas y los criterios que se deben poner en marcha en las diócesis durante los dos próximos años.

El presidente de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios, Mons. Jesús Vidal, ha trabajado desde entonces sobre este texto. En la Permanente de enero ya presentó un avance. Además, se acordó la constitución de una Comisión ad hoc, formada por ocho rectores de distintas zonas, para seguir trabajando conjuntamente sobre este tema.

En la Plenaria, Mons. Vidal ha presentado todo este proceso. Está previsto que los obispos establezcan un calendario de trabajo y señalen los temas que se van a incluir en una encuesta que van a contestar todos los preladados sobre esta cuestión.

Sínodo sobre la Sinodalidad

Mons. Vicente Jiménez Zamora, como coordinador del equipo sinodal de la CEE, ha expuesto en la Plenaria las distintas iniciativas que se están llevando a cabo en las diócesis como preparación a la segunda sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo, que tendrá lugar el próximo octubre. Este equipo sinodal sigue trabajando en coordinación con las diócesis para animar estos proyectos.

Otros temas del orden del día

La Asamblea Plenaria ha aprobado que la celebración del Congreso de Pastoral Vocacional tenga lugar del 7 al 9 de febrero de 2025.

Como es habitual en la primera Plenaria del año, también se han aprobado las Intenciones de la Conferencia Episcopal del año 2025 por las que reza la Red Mundial de Oración del Papa (Apostolado de la Oración).

Además, se ha dado el visto bueno para la erección y aprobación de los estatutos de la Fundación Educativa “Consolación” y para la modificación de los estatutos de la Federación de entidades cristianas de tiempo libre “DIDANIA” y de los “Scout Católicos de Galicia”.

Los obispos han recibido información sobre el estado actual del grupo Ábside (TRECE Y COPE) y del secretariado para el Sosténimiento de la Iglesia.

La Plenaria ha tratado diversos asuntos económicos y de seguimiento.

Nombramientos de la Comisión Permanente

En la reunión de constitución de la Comisión Permanente, se aprobaron los siguientes nombramientos:

- José Antonio García Quintana, SJ, como director del departamento para la Pastoral Penitenciaria.
- Juan Vicente González Font, laico de la archidiócesis de Burgos, como presidente del “Movimiento Scout Católico” (MSC)

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 61a JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

21 de abril de 2024

Llamados a sembrar la esperanza y a construir la paz

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones nos invita a considerar el precioso don de la llamada que el Señor nos dirige a cada uno de nosotros, su pueblo fiel en camino, para que podamos ser partícipes de su proyecto de amor y encarnar la belleza del Evangelio en los diversos estados de vida. Escuchar la llamada divina, lejos de ser un deber impuesto desde afuera, incluso en nombre de un ideal religioso, es, en cambio, el modo más seguro que tenemos para alimentar el deseo de felicidad que llevamos dentro. Nuestra vida se realiza y llega a su plenitud cuando descubrimos quiénes somos, cuáles son nuestras cualidades, en qué ámbitos podemos hacerlas fructificar, qué camino podemos recorrer para convertirnos en signos e instrumentos de amor, de acogida, de belleza y de paz, en los contextos donde cada uno vive.

Por eso, esta Jornada es siempre una hermosa ocasión para recordar con gratitud ante el Señor el compromiso fiel, cotidiano y a menudo escondido de aquellos que han abrazado una llamada que implica toda su vida. Pienso en las madres y en los padres que no anteponen sus propios intereses y no se dejan llevar por la corriente de un estilo superficial, sino que orientan su existencia, con amor y

gratuidad, hacia el cuidado de las relaciones, abriéndose al don de la vida y poniéndose al servicio de los hijos y de su crecimiento. Pienso en los que llevan adelante su trabajo con entrega y espíritu de colaboración; en los que se comprometen, en diversos ámbitos y de distintas maneras, a construir un mundo más justo, una economía más solidaria, una política más equitativa, una sociedad más humana; en todos los hombres y las mujeres de buena voluntad que se desgastan por el bien común. Pienso en las personas consagradas, que ofrecen la propia existencia al Señor tanto en el silencio de la oración como en la acción apostólica, a veces en lugares de frontera y exclusión, sin escatimar energías, llevando adelante su carisma con creatividad y poniéndolo a disposición de aquellos que encuentran. Y pienso en quienes han acogido la llamada al sacerdocio ordenado y se dedican al anuncio del Evangelio, y ofrecen su propia vida, junto al Pan eucarístico, por los hermanos, sembrando esperanza y mostrando a todos la belleza del Reino de Dios.

A los jóvenes, especialmente a cuantos se sienten alejados o que desconfían de la Iglesia, quisiera decirles: déjense fascinar por Jesús, plantéenle sus inquietudes fundamentales. A través de las páginas del Evangelio, déjense inquietar por su presencia que siempre nos pone beneficiosamente en crisis. Él respeta nuestra libertad, más que nadie; no se impone, sino que se propone. Denle cabida y encontrarán la felicidad en su seguimiento y, si se los pide, en la entrega total a Él.

Un pueblo en camino

La polifonía de los carismas y de las vocaciones, que la comunidad cristiana reconoce y acompaña, nos ayuda a comprender plenamente nuestra identidad como cristia-

nos. Como pueblo de Dios que camina por los senderos del mundo, animados por el Espíritu Santo e insertados como piedras vivas en el Cuerpo de Cristo, cada uno de nosotros se descubre como miembro de una gran familia, hijo del Padre y hermano y hermana de sus semejantes. No somos islas encerradas en sí mismas, sino que somos partes del todo. Por eso, la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones lleva impreso el sello de la sinodalidad: muchos son los carismas y estamos llamados a escucharnos mutuamente y a caminar juntos para descubrirlos y para discernir a qué nos llama el Espíritu para el bien de todos.

Además, en el presente momento histórico, el camino común nos conduce hacia el Año Jubilar del 2025. Caminamos como *peregrinos de esperanza* hacia el Año Santo para que, redescubriendo la propia vocación y poniendo en relación los diversos dones del Espíritu, seamos en el mundo portadores y testigos del anhelo de Jesús: que formemos una sola familia, unida en el amor de Dios y sólida en el vínculo de la caridad, del compartir y de la fraternidad.

Esta Jornada está dedicada a la oración para invocar del Padre, en particular, el don de vocaciones santas para la edificación de su Reino: «Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha» (Lc 10,2). Y la oración —lo sabemos— se hace más con la escucha que con palabras dirigidas a Dios. El Señor habla a nuestro corazón y quiere encontrarlo disponible, sincero y generoso. Su Palabra se ha hecho carne en Jesucristo, que nos revela y nos comunica plenamente la voluntad del Padre. En este año 2024, dedicado precisamente a la oración en preparación al Jubileo, estamos llamados a redescubrir el don inestimable de poder dialogar con el Señor, de corazón a corazón, convirtiéndonos en peregrinos de esperanza, porque «la oración es la primera fuerza de la esperanza. Mientras tú rezas la esperanza crece y avanza. Yo diría

que la oración abre la puerta a la esperanza. La esperanza está ahí, pero con mi oración le abro la puerta» (*Catequesis*, 20 mayo 2020).

Peregrinos de esperanza y constructores de paz

Pero, ¿qué significa ser peregrinos? Quien comienza una peregrinación procura ante todo tener clara *la meta*, que lleva siempre en el corazón y en la mente. Pero, al mismo tiempo, para alcanzar ese objetivo es necesario concentrarse en la *etapa presente*, y para afrontarla se necesita estar ligeros, deshacerse de cargas inútiles, llevar consigo lo esencial y luchar cada día para que el cansancio, el miedo, la incertidumbre y las tinieblas no obstaculicen el camino iniciado. De este modo, ser peregrinos significa volver a empezar cada día, *recomenzar siempre*, recuperar el entusiasmo y la fuerza para recorrer las diferentes etapas del itinerario que, a pesar del cansancio y las dificultades, abren siempre ante nosotros horizontes nuevos y panoramas desconocidos.

El sentido de la peregrinación cristiana es precisamente este: nos ponemos en camino para descubrir el amor de Dios y, al mismo tiempo, para conocernos a nosotros mismos, a través de un viaje interior, siempre estimulado por la multiplicidad de las relaciones. Por lo tanto, *somos peregrinos porque hemos sido llamados*. Llamados a amar a Dios y a amarnos los unos a los otros. Así, nuestro caminar en esta tierra nunca se resuelve en un cansarse sin sentido o en un vagar sin rumbo; por el contrario, cada día, respondiendo a nuestra llamada, intentamos dar los pasos posibles hacia un mundo nuevo, donde se viva en paz, con justicia y amor. Somos peregrinos de esperanza porque tendemos hacia un futuro mejor y nos comprometemos en construirlo a lo largo del camino.

Este es, en definitiva, el propósito de toda vocación: llegar a ser hombres y mujeres de esperanza. Como individuos y como comunidad, en la variedad de los carismas y de los ministerios, todos estamos llamados a “darle cuerpo y corazón” a la esperanza del Evangelio en un mundo marcado por desafíos de la época: el avance amenazador de una tercera guerra mundial a pedazos; las multitudes de migrantes que huyen de sus tierras en busca de un futuro mejor; el aumento constante del número de pobres; el peligro de comprometer de modo irreversible la salud de nuestro planeta. Y a todo eso se agregan las dificultades que encontramos cotidianamente y que, a veces, amenazan con dejarnos en la resignación o el abatimiento.

En nuestro tiempo es, pues, decisivo que nosotros los cristianos cultivemos una mirada llena de esperanza, para poder trabajar de manera fructífera, respondiendo a la vocación que nos ha sido confiada, al servicio del Reino de Dios, Reino de amor, de justicia y de paz. Esta esperanza —nos asegura san Pablo— «no quedará defraudada» (*Rm 5,5*), porque se trata de la promesa que el Señor Jesús nos ha hecho de permanecer siempre con nosotros y de involucrarnos en la obra de redención que Él quiere realizar en el corazón de cada persona y en el “corazón” de la creación. Dicha esperanza encuentra su centro propulsor en la Resurrección de Cristo, que «entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparabile. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 276). Incluso el apóstol Pablo afirma que «en esperanza» nosotros

«estamos salvados» (*Rm 8,24*). La redención realizada en la Pascua da esperanza, una esperanza cierta, segura, con la que podemos afrontar los desafíos del presente.

Ser peregrinos de esperanza y constructores de paz significa, entonces, fundar la propia existencia en la roca de la resurrección de Cristo, sabiendo que cada compromiso contraído, en la vocación que hemos abrazado y llevamos adelante, no cae en saco roto. A pesar de los fracasos y los contratiempos, el bien que sembramos crece de manera silenciosa y nada puede separarnos de la meta conclusiva, que es el encuentro con Cristo y la alegría de vivir en fraternidad entre nosotros por toda la eternidad. Esta llamada final debemos anticiparla cada día, pues la relación de amor con Dios y con los hermanos y hermanas comienza a realizar desde ahora el proyecto de Dios, el sueño de la unidad, de la paz y de la fraternidad. ¡Que nadie se sienta excluido de esta llamada! Cada uno de nosotros, dentro de las propias posibilidades, en el específico estado de vida puede ser, con la ayuda del Espíritu Santo, sembrador de esperanza y de paz.

La valentía de involucrarse

Por todo esto les digo una vez más, como durante la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa: “*Rise up!* – ¡Levántense!”. Despertémonos del sueño, salgamos de la indiferencia, abramos las rejas de la prisión en la que tantas veces nos encerramos, para que cada uno de nosotros pueda descubrir la propia vocación en la Iglesia y en el mundo y se convierta en peregrino de esperanza y artífice de paz. Apasionémonos por la vida y comprometámonos en el cuidado amoroso de aquellos que están a nuestro lado y del ambiente donde vivimos. Se los repito: ¡tengan la valentía de involucrarse! Don Oreste Benzi, un infatigable apóstol

de la caridad, siempre en favor de los últimos y de los indefensos, solía repetir que no hay *nadie tan pobre* que no tenga *nada* que *dar*, ni hay *nadie tan rico* que no tenga necesidad de algo que *recibir*.

Levantémonos, por tanto, y pongámonos en camino como peregrinos de esperanza, para que, como hizo María con santa Isabel, también nosotros llevemos anuncios de alegría, generaremos vida nueva y seamos artesanos de fraternidad y de paz.

Roma, San Juan de Letrán, 21 de abril de 2024, IV Domingo de Pascua.

FRANCISCO

